

Mis amigos marinos

POR DEMETRIO INFANTE FIGUEROA, ABOGADO Y EXDIPLOMATICO

AGENCIA UNO

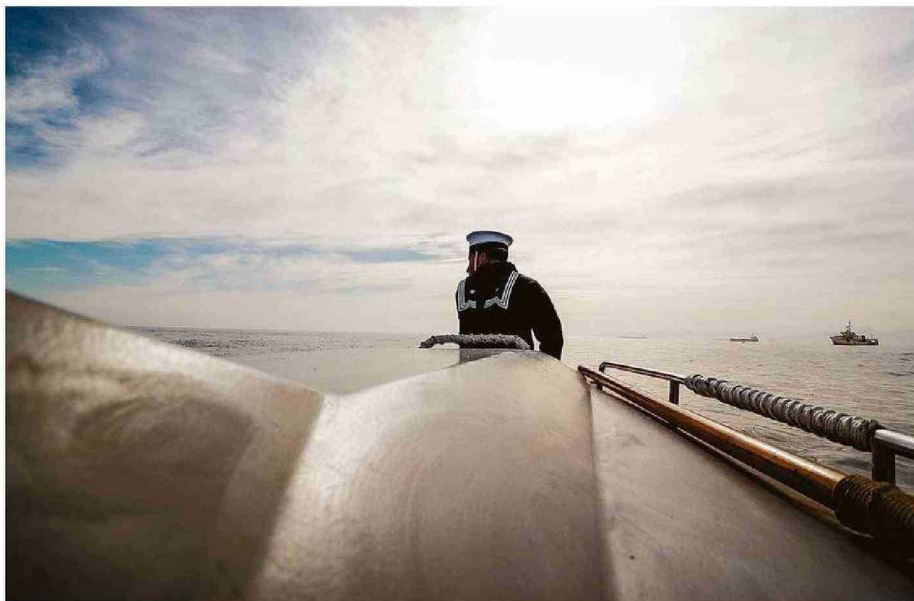
El único vínculo "consanguíneo" que tengo con la Armada se produjo en 1914, cuando mi padre, a los 14 años, después de haber perdido a su progenitor y quedar con una madre que tenía seis hijos y esperando el séptimo, tomó la decisión de ingresar a la Escuela Naval.

La experiencia no duró mucho, pues se retiró en tercer año. Pero ese breve lapso lo marcó para toda la vida, pues sus recuerdos del viejo edificio de Playa Ancha -hasta el día de su muerte- eran constantes. Con los años, cuando me vine en 1957 a Viña del Mar para estudiar Derecho en la UCV, conocí un número importante de cadetes navales. Era una época en que las niñas de los últimos años de las Monjas Inglesas y Francesas de Viña hacían "bailoteos" los sábados.

Lógicamente, a ellos asistían cadetes e hice buena amistad con algunos de ellos. Ahí conocí de cerca a Krumm, Dilhan y Keitel, los que fueron atletas de nota no sólo en Chile, sino también en el continente. Pasó un largo tiempo que no tuve cercanía con marinos hasta que ingresé por concurso público al Ministerio de Relaciones Exteriores. En las diferentes destinaciones en el exterior trabé cercana relación con los miembros de las agregaduras navales.

Entre otros, cuando me desempeñaba como segundo de la Embajada en Washington, en la Misión Naval -que estaba ubicada en el mismo edificio- tenía la igual posición el entonces capitán de navío Miguel Á. Vergara, quien con los años llegó a ser un brillante comandante en jefe. Esa amistad la he incrementado con el tiempo y hoy puedo decir que es uno de mis más cercanos amigos.

Pero lo que merece un párrafo aparte es la emoción que se tiene cuando como diplomático chileno se recibe en el exterior a la Esmeralda. Es un sentimiento difícil de explicar. Ahora, cuando eso acontece en los momentos en que uno se desempeña como embajador,



esa emoción llega a niveles inimaginables. Al momento de bajar el portalón y estando toda la tripulación perfectamente formada -encabezada por su comandante-, el embajador sube al buque y se detiene en la mitad de aquél, instante en que la banda toca el himno nacional. Tuve esa experiencia en reiteradas oportunidades y no me avergüenza reconocer que en esas ocasiones no pude contener las lágrimas.

Pero hay una de aquellas que me merece especial mención. Desempeñándome como embajador en Japón fue a Tokio, a una importante cita de jefes navales del Pacífico, el CJA de la época, almirante Miguel Á. Vergara. Ello acaeció justo cuando arribó a ese puerto la Esmeralda. En los instantes en que como embajador se verificó la ceremonia de recibimiento más arriba narrada, quien estaba al final del portalón para darme la bienvenida era el propio CJA, teniendo a sus espaldas al comandante de la nave, el entonces brillante capitán de navío Enrique Larrañaga, oficial que con los años ocupó el cargo de comandante en

jefe. Ese día las lágrimas que corrieron por mis mejillas fueron muchas. La visita del buque resultó un éxito total.

Hace unos días se verificó en el Club Naval de Campo de Las Salinas un magnífico almuerzo organizado por la Liga Marítima con motivo de que esa señera institución cumplía 110 años de existencia. Dicha Liga, por más de un siglo, aún a un conjunto de personas cuya única preocupación es Chile y su mar, y lo hace en forma excepcional.

Aquél fue un gran almuerzo que contó con la participación del actual CJA, almirante Juan Andrés de la Maza. Gracias a la gentileza de su actual presidente, mi amigo el ex CJA Edmundo González, fui invitado a ser parte de ese ágape. En el aperitivo sostuve una grata conversación con un contralmirante, a quien no identifiqué. Al consultarle sobre cuándo había estado embarcado en la Esmeralda, me dijo que dos veces. La primera como guardiamarina, siendo su comandante el entonces capitán de navío Felipe Howard, y la segunda siendo teniente. En esa

ocasión tuvo como comandante al capitán de navío Raúl Silva. En ambas ocasiones yo había recibido al Buque Escuela en mi calidad de embajador en Nueva Zelanda. Como se comprenderá, tuvimos una entretenida conversación llena de recuerdos, en especial de la segunda visita, cuando la nave arribó por primera vez en la historia al puerto de Christchurch y donde en la fiesta a bordo participaron hermosas niñas que eran todas estudiantes a modelo. Destaco la silenciosa alegría personal que sentí que un novato guardiamarina a quien recibí en Wellington sea hoy contralmirante.

Nos detuvimos en la personalidad del entonces comandante Raúl Silva, con quien trabé una estrecha amistad. Aquél, posteriormente y siendo vicealmirante, debió retirarse de la Armada debido a un cáncer que terminó con su vida. Valga para su familia el consuelo de que su hijo mayor -que es un verdadero clon de su padre- hoy ostenta el grado de contralmirante.

Entre las muchas anécdotas de Raúl le conté a mi interlocu-

tor una que aquél me narró en persona y que ahora no puedo omitir. Era teniente embarcado en el buque insignia de la Escuadra que recaló en Coquimbo. El almirante que la comandaba organizó un concurrido almuerzo a bordo en honor de las autoridades regionales. El día previo a ese evento llamó a Silva y le ordenó que lo quería tener en la mesa, pues el siempre deseaba en ocasiones como aquella tener un oficial de baja graduación por si se producía algún imprevisto.

El día del ágape empezaron a llegar las autoridades de la zona, entre ellas el gobernador regional, general Serre, y el arzobispo de La Serena, don Bernardino Piñera. Lo que nadie sabía a bordo era que ambos ni siquiera se hablaban, lo que hizo que el aperitivo fuera de una gran tirantez. Pasados a la mesa, donde cada comensal tenía una tarjeta escrita por ambos lados, los silencios fueron eternos, lo que llevó al almirante a tratar de romperlos contando cómo había sido la navegación. Pero nada. El ambiente seguía igual y era para cortarlo con cuchillo. Los silencios eran

sólo interrumpidos por el ruido que producían los cubiertos en su contacto con el plato.

En un determinado momento el arzobispo leyó la tarjeta del teniente que indicaba que su nombre era Raúl Silva. El prelado, en medio del silencio imperante, le consultó si era pariente del entonces cardenal Raúl Silva, a lo que el joven marino contestó afirmativamente. Luego el arzobispo le preguntó por el grado de parentesco que tenía con el cardenal, a lo que el oficial respondió escuetamente y en alta voz "hijo". Enseguida se produjo un silencio absoluto alrededor de la mesa, durante el cual Silva fijó su mirada sólo en su plato.

Presentía que todos los ojos se habían posado sobre él, muy en especial los del almirante. Pasaron unos cinco segundos que fueron eternos, cuando el propio monseñor Piñera lo interrumpió con una sonora carcajada e inició la narración de cómo un abogado de Concepción, después de haber quedado viudo y con todos los hijos mayores, ingresó al seminario. Se hizo sacerdote y luego fue obispo. A continuación de dicha acotación el ambiente se descomprimió absolutamente y el almuerzo se transformó en una reunión de animada conversación. Durante el resto del ágape, Raúl guardó absoluto silencio y esquivó los ojos de su jefe. Terminado el almuerzo el almirante, seguido de Silva, se instaló en el portalón para despedir a cada una de las autoridades. Finalizada esa especie de ceremonia y cuando la última de aquéllas se alejaba, el almirante se dio vuelta y miró fijamente a su teniente, diciéndole: "Estuviste a centímetros de irte para la calle". Ese era mi estimado amigo Raúl Silva.

Desearé terminar estas líneas rindiendo un homenaje a todos los miembros de la Armada por su trabajo tremendamente eficiente y silencioso en favor Chile. Ellos son dignos de vestir el azul uniforme con que Prat en la rada de Iquique ofreció su vida por la patria. 